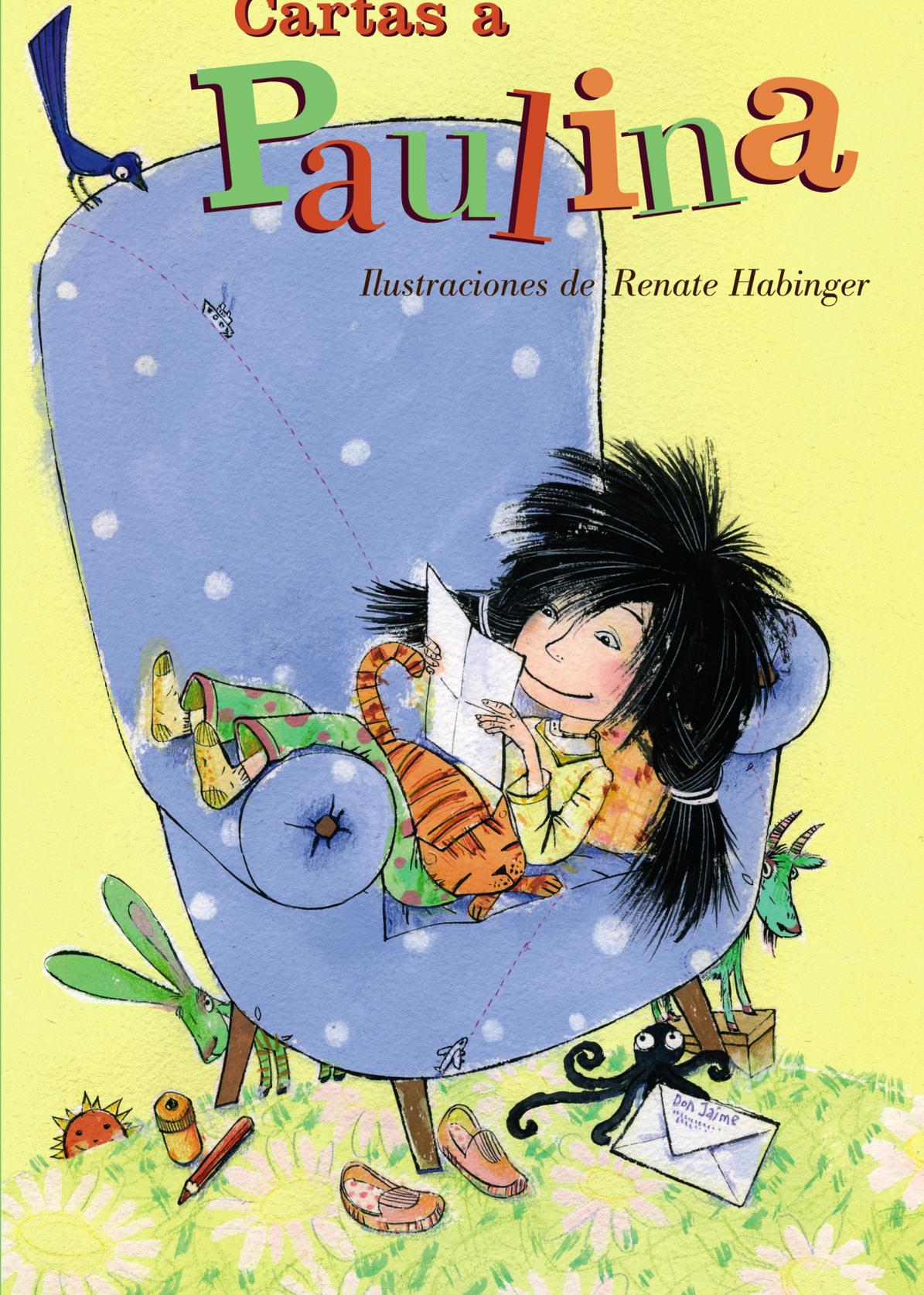


James Krüss

Cartas a

Paulina

Ilustraciones de Renate Habinger



Título original: Briefe an Pauline

Primera edición: noviembre 2010

© Boje Verlag, Köln, 2007

© De la traducción: Moka Seco Reeg, 2010

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2010

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid.

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-667-9344-5

Depósito legal: M-24468/2010

Impreso en Anzos, S.L.

La Zarzuela, 6

Polígono industrial Cordel de la Carrera

28940 Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Cartas a
Paulina

James Krüss

Ilustraciones de Renate Habinger
Traducción de Moka Seco Reeg



ANAYA

Paulina

Primera carta

ESTO, LO OTRO y lo de más allá sobre Paulina, artículos insignificantes de primera necesidad, dos casas y este libro.

Queridos lectores:

ESTE LIBRO contiene la correspondencia que mantuve con mi pequeña amiga Paulina. Por eso, me parece necesario que os la presente antes de que continuéis leyendo.

Su aspecto os lo dibujo en esta misma página. De memoria. No dispongo de una foto suya. De todas maneras, creo que los dibujos la retratan muy bien (quizá, incluso mejor que una foto).



Cuando conocí a Paulina aún no sabía leer, porque ese mismo año empezaba a ir al colegio (por eso todavía contaba tan bien sus historias). Vivíamos en el mismo pueblo antes de mudarme yo aquí; un pueblo muy bonito que se encuentra muy cerca de la ciudad de Múnich (en Alemania). Como éramos casi vecinos, a menudo se pasaba por mi casa des-

pués del colegio para contarme alguna de sus historias. Yo le compraba esas historias a cambio de fruta, caramelos, chocolate, muslos de pavo frío, helado o nueces. Más tarde las recopilé en un libro que se publicó bajo el título: *Paulina y el Príncipe del Viento*. Ese libro, por así decirlo, sería el primero de la serie de Paulina. Y este, el que tenéis entre vuestras manos, el segundo, que, por cierto, difiere del primero en algo esencial: si en el primero, Paulina es quien cuenta las historias, y me las cuenta a mí, en el segundo, soy yo quien cuenta las historias a Paulina.

Esto es así por dos razones: la primera es que, entre tanto, Paulina ha aprendido a leer y a escribir (y por eso su modo de narrar ha perdido parte de su encanto). La segunda razón es que ya no vivo en el mismo pueblo que Paulina, sino a miles de kilómetros de distancia; para ser más exactos, en las islas Canarias, justo enfrente del desierto del Sáhara. Y aquí no encuentro ciertas marcas de productos que, aunque parezcan insignificantes, cuando se carece de ellas, de golpe y porrazo, pueden convertirse en algo de vital importancia. Paulina se encarga de mandarme por correo esas insignificancias y, a cambio, yo le envío cartas, historias y dibujos.

La casa en la que escribí el primer libro os la dibujo aquí mismo. Veréis qué fácil resulta abarcarla con un simple vistazo; de ahí que también me fuera facilísimo dibujarla. En el dibujo podéis ver: mi casa, la casita de huéspedes, dos pequeñas terrazas y el jardín.



MI segunda casa, en la que ahora vivo, es imposible de abarcar con un simple vistazo. Solo para dibujar el edificio principal y las terrazas número 1 y número 3, necesitaría mucho más espacio que para mis dos casas bávaras juntas. En esta casa canaria surgió el segundo libro.

¡Deseo, sinceramente, que os guste!

Vuestro,
James KRÜSS.

Paulina

Segunda carta

SOBRE SER FELIZ, terrazas, flores, árboles, vecinos, la Virgen de los Dolores, cantos religiosos y etiquetas de direcciones autoadhesivas.



Querida Paulina:

¡MUCHAS GRACIAS por tu postal, en la que preguntas si soy feliz en las islas Canarias! Si te soy sincero, nunca sé muy bien cuándo me siento feliz. Más que nada porque me suelo dar cuenta cuando ya se me ha pasado, es decir, más tarde. En el caso de que tu pregunta se refiera a si me siento bien aquí, te puedo asegurar que incluso ¡como pez en el agua!: me gusta mi nueva casa, me gusta el sol, me gusta el mar y me gusta la isla de Gran Canaria, que es en la que vivo. En vez de las dos terrazas que tenía en Alemania, aquí tengo veintiuna; aunque he de confesar que algunas son tan grandes como cuatro servilletas desplegadas. Te dibujo la terraza número 1. La vasija que ves sobre la mesa de piedra aquí se llama «botijo» y viene a ser una especie de jarra, pero a la española. No es tan fácil beber de él, porque hay que echar el agua desde lo alto para que el chorro caiga directamente en la boca.

En todas mis terrazas, que, excepto las dos del tejado, están escalonadas en la roca viva de forma bastante curiosa, crecen las flores, los arbustos y los árboles típicos de la zona, es decir: rosas, gerberas, mimosas, calas, gladiolos, claveles, hibiscos, hiedra, flores de la Pasión, toneladas de geranios de color rojo, rosa y blanco, y muchos tipos de cactus. De árboles, tengo limoneros, naranjos, laureles indios, jacarandas con unas flores azules muy boni-

tas, aguacates, cedrelas, magnolios (también se llaman árboles del tulipán) y un par de dragos, que vienen a ser lo más parecido a las tortugas, entre los árboles. Crecen exactamente tan despacio como andan las tortuga, pero, en compensación, viven tanto tiempo como estos reptiles acorazados, es decir, cientos de años y a veces incluso siglos.



Donde termina la puerta de hierro de mi jardín (lacada en blanco), un poco más abajo, vive el pastor Manolito con su familia, sesenta ovejas y un par de cabras, que todas las mañanas conduce al barranco, y que no trae de vuelta hasta bien entrada la noche (a los animales, no a la familia). Por detrás de mi casa, en casitas y chozas, en parte adosadas a la mitad inferior del muro de mi casa, vive tantísima gente que hasta hoy sigo sin saber cuántos son en realidad. Solo conozco a la familia de la vieja Juanita, la mujer a la que compro los huevos. Desde ayer son dieciséis, porque Gloria, la hija de la hija de Juanita, tiene una nueva hermanita que ya sabe berrear a pleno pulmón.

La pena es que, como mi casa no tiene ventanas por la parte trasera, no tengo una vista de conjunto de toda esa vecindad. Pero la próxima vez que se celebre una fiesta y todos salgan a sus tejados para ver los fuegos artificiales, pienso contarlos. Calculo que habrá siete familias, pues hasta ahora he visto siete perros diferentes rondando por ahí.

Debajo de mi terraza más baja, hacia el este, se abre un barranco muy profundo. Allí solo tengo ratas y vecinos, que nunca vienen a visitarme, porque la pared de roca es muy escarpada.

Hacia el sur, detrás del muro encalado y semiderruido, se yergue un peñón de roca volcánica que tiene una forma rarísima y que principalmente está habitado por chumberas (un tipo de cactus). Si miro por encima de ese peñón, veo en una de las laderas semirredondas del valle, de color verde rugoso o terroso, parte de mi pueblo. Se llama La Calzada, y sus casas

se distribuyen, literalmente, a lo largo de una única calle principal (en español, «calzada» no significa más que la carretera o vía que queda entre las dos aceras de una calle).

En el pueblo que vivo, aunque no hay iglesia, ni alcalde ni policía, tenemos un bar en el que sirven un conejo al ajillo con azafrán que está de rechupete, y también una tienda que parece la cueva de Alí Babá. La única diferencia es que sus tesoros no tienen nada que ver con el oro y las joyas preciosas, sino más bien con jamón, morcillas, mazorcas de maíz, sacos de azúcar, ollas, bombillas, cestos de mimbre, mantas de lana, ristras de chorizos, racimos de plátanos y paredes llenas de botellas. Esa misma tienda hace las veces de estafeta de correos.

Todos los días, a la una en punto del mediodía, viene el autobús de Las Palmas, que es la capital, con la saca de la correspondencia. El conductor del autobús-acompañante-empleado estatal (todo en una sola persona), Adolfo, que tiene tanta gracia como pies planos, descarga la saca sobre el mostrador de la tienda, espera a que le firmen los resguardos de entrega, les desea a todos los presentes mucha suerte y correo, y desaparece con su autobús montaña arriba. En cuanto don Antonio, el tendero, desparrama el correo sobre el mostrador, yo, que mientras tanto he conseguido hacerme hueco entre el queso fresco de cabra, que queda a mi izquierda, y un enorme saco de maíz, a mi derecha, busco y rebusco entre ese revoltijo hasta que encuentro mis cartas, postales, telegramas y, si hay suerte, algún paquete. Don Antonio es lo más parecido a un Santa

Claus que he visto en mi vida, pues día tras día vacía ese saco-saca sobre su mostrador con algún regalito para mí.

Hablando de santos, en esta isla los hay para aburrir; cada pueblo tiene un santo patrono y, cuando llega el día de su fiesta, se celebra durante toda una semana con gran follón, música y fuegos artificiales.

La patrona de nuestro pueblo es la mismísima Virgen María, pero como Mater dolorosa, que aquí llaman Virgen de los Dolores. La semana pasada celebramos su fiesta y, durante siete días enteros, siete megáfonos tronaron y retronaron por todo el pueblo en su honor. Como en el bar solo tienen un par de discos, durante esos siete días me aprendí todas las canciones de memoria. ¿Quieres saber cómo se titulan? Algunas de ellas son: *Bésame mucho*, *La Paloma*, *Dos gardenias* y *Pobrecico novio*, oh, pobre Rafael.

El mismo día de la festividad de nuestra patrona, estaba invitado a comer en casa de don Antonio, ¡qué atracción! Nos sentamos en su patio interior, bajo una pérgola emparrada, y comimos caldo de pollo, pescado, un estofado hecho con medio toro, por lo menos, unas fuentes de ensalada gigantescas y unos pastelillos muy dulces.

Anocheía cuando montaron un puesto de salchichas y el circo más pequeño del mundo dio comienzo a su función. Para que te hagas una idea, el espectáculo se llevó a cabo encima de dos mesas que habían juntado y fue muy variopinto; tenía un poco de todo y algo para cada uno de los presentes: un poco de canción, otro de baile, otro de acrobacia, algún que otro toque de magia, aunque modesto, y un poquitito

de humor, porque actuó el payaso más pequeño del mundo, que aquí mismo te dibujo (incluyo sus medidas reales).

Al circo le siguió una procesión que llaman «de las luces». Las velas ardían dentro de unas botellas invertidas, que parecían brotar del suelo, y la gente cantaba canciones religiosas. La única pega fue que los últimos siempre iban un compás por detrás del coro principal. A pesar de todo, resultó muy solemne y festivo.

Por la noche, vi los fuegos artificiales en compañía de una visita de Alemania y una buena garrafa de vino, desde la terraza más alta de mi casa.

Cientos de rayos ascendían a una velocidad de vértigo por el cielo hasta estallar en un chisporroteo de luces, que luego caían como una lluvia de fuego, iluminando la negra noche.

Después del magnífico espectáculo, oímos cómo el gordo Marero, el dueño del bar de los conejos, preguntaba por el megáfono si alguien sabía cuánto habían costado los fuegos artificiales.

—¿Cuánto? —preguntó una persona.

—¡Mucho!



—¿Mil?

—¡Más!

—¿Dos mil?

—¡Más aún!

—¿Cuatro mil?

—¡Premio! ¡Ni más ni menos que cuatro mil!

De hecho, hace unos días, yo también hice mi pequeña aportación para financiar los fuegos artificiales. Así que, por lo menos, una cascada de luces verdes y rojas era mía.

Por cierto, ¿en tu calendario aparece la festividad de la Virgen de los Dolores? En Alemania nunca oí hablar de ella.

Contéstame por carta y, si puedes, mándame etiquetas de direcciones autoadhesivas como las que venden en correos. Aquí, además de ser tan grandes como las etiquetas de los cuadernos del colegio, están decoradas con un marco azul que no me gusta nada. Te las pagaré en mi próximo viaje a Alemania. Que conste, que esta ha sido una carta muy larga para responder tu breve postal. ¿Quizá te animes la próxima vez a escribir también una carta?

Saluda a tu *innumerable* familia, conserva tu alegría por muchos años y escribe cuando puedas.

Tu viejo amigo,
a quien en el pueblo
don Jaime llaman...

